

Parochial and Plain Sermons, vol II, VI, pp 61-68  
Predicado el 28 de diciembre de 1833

## **LA MENTE DE LOS NIÑOS** **Fiesta de los Santos Inocentes**

*“Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3)*

Cuanto más tiempo vivimos en el mundo, y cuanto más nos alejamos de los sentimientos y recuerdos de la infancia (y especialmente si nos alejamos de la vista de los niños), más razón tenemos para recordar la impresionante actitud y palabra del Señor, cuando llamó a un niño delante de El, lo puso en medio de sus discípulos, y dijo, “Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos”. Y para recordarnos este juicio de nuestro Salvador, la Iglesia, como maestra cuidadosa, nos llama año tras año sacándonos del bullicio y la fiebre del mundo, y con ocasión de la masacre de los inocentes que cuenta el Evangelio de San Mateo, nos pone delante una verdad en la que pensamos poco : moderar nuestros deseos y esperanzas de este mundo, nuestros elevados pensamientos ambiciosos, nuestros temores ansiosos, envidias y preocupaciones, por medio de la pureza, paz y contento que son características de los niños.

Independientemente del beneficio nos resulta de esto, es justo encontrarnos para celebrar la muerte de los Santos Inocentes, pues fue una muerte bendita. Acercarse a Cristo y sufrir por El es seguramente un privilegio inexpresable, sufrir de cualquier manera, aún inconscientemente. Los niños que El tomó en sus brazos no eran conscientes de su condescendencia amorosa, pero ¿no fue un privilegio cuando los bendijo ? Ciertamente esta masacre tuvo en sí naturaleza de sacramento, fue una prenda del amor del Hijo de Dios hacia los que fueron incluidos en ella. Todo el que se acercó a El, sufrió más o menos por aproximársele, como si el dolor y la tribulación terrenal salieran de El como alguna virtud preciosa para el bien de las almas, y estos infantes entre ellas. Sin duda que Su misma presencia era un sacramento, cada movimiento, mirada y palabra Suya otorgaba gracia a aquellos que la recibían, y mucho más fue el compañerismo con El. Y por eso, en los tiempos antiguos tales asesinatos bárbaros o martirios eran considerados como una clase de bautismo, un bautismo de sangre, con un efecto sacramental del mismo, que surge en lugar del baño de regeneración prescrito. Consideremos a estos niños, en algún sentido mártires, y veamos qué instrucción podemos obtener del ejemplo de su inocencia.

Existe el gran peligro de volvernos indiferentes a medida que la vida continua. Las aflicciones que tenemos, las preocupaciones y desencantos, todo tiende a embotar nuestros afectos y hacer insensibles nuestros sentimientos. Esa necesaria autodisciplina, que San Pablo urge practicar a Timoteo, tiende a lo mismo, y así también, la búsqueda de riquezas especialmente, y mucho más, si los hombres transgreden tan abiertamente la palabra de Dios Todopoderoso como para rendirse a las tentaciones de sensualidad. El glotón y el borracho embrutece sus mentes, como es evidente. Más aún,

frecuentemente nos entusiasmamos con la idea de llegar a ser personas más grandes e consideradas de los que fuimos. Si tenemos prosperidad, por ejemplo, en asuntos mundanos, si ascendemos en lo que se llama escala social, si ganamos un nombre, si cambiamos nuestro estado al casarnos, o en cualquier otra forma, de modo de crear una secreta envidia en las mentes de nuestros compañeros, en todos estos casos estaremos expuestos a la tentación del *orgullo*. La deferencia que se da a la riqueza o al talento comúnmente hace artificial al poseedor, y difícil de alcanzar, dando brillo a su pensamiento con un refinamiento espurio que mata el sentimiento y la sinceridad. Ahora bien, después de todo, existe en muchas mentes humanas un secreto instinto de reverencia y afecto hacia los días de su niñez. No pueden evitar suspirar con pesar y ternura cuando piensan en ella, y lo hace bondadosamente nuestro Señor y Salvador para aprovechar, por así decir, este principio de nuestra naturaleza, y así como emplea todo lo que pertenece a ella, así hace con esto para dirigirlo a la verdadera salud del alma. Y lo hace debidamente la Iglesia, para seguir el mandato dado por su Redentor, santificando un día cada año para la contemplación de Su palabra y obra.

Si queremos conmover a una persona y hacerla humilde, ¿qué mejor que apelar a la memoria del tiempo pasado y sobre todo a su niñez? Fue entonces que salió de las manos de Dios, con todas las lecciones y pensamientos del Cielo recién impresos en él. ¿Quién puede decir cómo Dios hace el alma, o cómo la renueva? No lo sabemos. Sabemos que, además de su parte en la obra, entra en el mundo con la mancha del pecado, y que aún la regeneración que remueve la maldición, no extirpa la raíz del mal \*. Creada en cielo o infierno, ¿quién nos dirá cómo habita en ella el pecado de Adán junto con el hálito de vida, y cómo el Espíritu? Pero sí sabemos muy bien, por la memoria de nosotros mismos y nuestra experiencia de niños, que existe en la mente infantil, en los primeros años de su estado regenerado, un discernimiento del mundo invisible en las cosas que se ven, un darse cuenta de lo que es Soberano y Adorable, y una incredulidad e ignorancia acerca de lo que es transitorio y cambiante, que la marcan como el emblema adecuado del cristiano maduro cuando es separado de las cosas temporales y vive en la íntima convicción de la Presencia Divina. No quiero decir, por supuesto, que el niño tenga un principio formado en su corazón, hábitos de obediencia, o verdadero discernimiento entre lo visible y lo invisible, tal como Dios promete como recompensa por causa de Cristo a quienes llegan a la edad del juicio. Nunca debemos olvidar que, a pesar de su nuevo nacimiento, el mal está dentro suyo, aunque sólo en semilla \*\*, pero que tiene este gran don: parece haber salido recién de la presencia de Dios y no entender el lenguaje de esta escena visible, o cómo es una tentación, cómo es el velo que se interpone entre el alma y Dios. La simplicidad de los modos e ideas de un niño, su prontitud en creer todo lo que se le dice, su amor ingenuo, su confianza franca, su confesión de desamparo, su ignorancia del mal, su incapacidad para ocultar sus pensamientos, su contento, su pronto olvido del problema, su admiración sin codicia, y, sobre todo, su espíritu reverencial que mira todas cosas que lo rodean como maravillosas, como indicios y tipos del Invisible, son todas evidencias de ser, por así decir, un visitante reciente en un estado más elevado de las cosas. Quisiera solo tener una persona que reflexionara sobre la seriedad y temor reverencial de un niño cuando escucha cualquier relato o descripción, o también, la libertad que muestra ante ese espíritu de orgullosa independencia que se descubre en el alma a medida que el tiempo pasa. Y aunque, sin duda, los niños son generalmente de naturaleza débil e irritable, y no son todos igualmente amables, aún así sus pasiones vienen y se van como un chaparrón, y no interfieren con la lección que podemos obtener para nuestro provecho de su fe pronta y su candor.

La distinción con que la conciencia de un niño le dice la diferencia entre el bien y el mal debe ser también mencionada. A medida que las personas avanzan en la vida, y ceden a las tentaciones que vienen sobre ellas, pierden ese talento original y están obligadas a ir a tientas por la mera razón. Si deliberan sobre actuar de este modo o de aquél, y existen muchas consideraciones del deber e interés involucrados en la decisión, se sienten totalmente perplejos. Realmente, y verdaderamente, no por propia decepción, sino realmente, no saben cómo deben actuar, y están obligadas a argumentar y a tener gran cantidad de sufrimientos para llegar a una conclusión. Y todo eso, en muchos casos al menos, porque han perdido por pecar una guía que tenían originalmente de Dios. De aquí que San Juan, en la lectura de hoy, hable de los siervos inmaculados que “siguen al Cordero dondequiera que vaya” (Apo. 14,4). Ellos tienen la mente de niños y pueden por la luz interior decidir cuestiones de deber inmediatamente, sin molestarse con la perplejidad de argumentos discordantes.

En lo que se ha dicho, ha estado implícito qué impresionante es el ejemplo que nos da la mente de un niño de lo que podría llamarse un temple eclesial. Cristo así lo ha deseado, para que debamos llegar a la Verdad, no por ingeniosas especulaciones, razonamientos o investigaciones propias, sino por la enseñanza. La Santa Iglesia ha sido establecida desde el comienzo como un solemne hecho religioso, por llamarlo así, como una pintura, una revelación del mundo venidero, como la misma dispensación cristiana, y por eso es en un sentido el testigo de su propia divinidad, como lo es el mundo natural. Ahora bien, aquellos que en primer lugar reciben sus palabras, tienen las mentes de niños, que no razonan sino que obedecen a su madre, y aquellos que desde el principio las rechazan, claramente no alcanzan a ser niños, por esa confianza en su propio poder de llegar a la verdad, en vez de las informaciones que les vienen de afuera.

En conclusión, solo os recordaré la diferencia entre el estado de un niño y el de un cristiano maduro, aunque esta diferencia es casi demasiado obvia para ser señalada. San Juan dice, “Quien *obra* la justicia es justo, como El es justo”, y también, “Todo el que obra la justicia ha nacido de El” (1 Jn 3,7; 2,9). Ahora bien, es claro que un niño inocente no tiene participación en esta bendición más alta. Es solo un tipo de lo que al final será completado en él. La principal belleza de su mente está meramente en su superficie, y cuando al pasar el tiempo intente actuar, como es su deber hacerlo, desaparecerá instantáneamente. Es solo mientras es aún niño que se parece al agua tranquila que refleja el cielo. Entonces, no debemos lamentar que nuestros años juveniles hayan pasado, ni suspirar por los recuerdos de puros placeres y contemplaciones que no podemos hacer volver. Más bien, lo que éramos cuando niños es una santa *insinuación* dada para nuestro consuelo, de lo que Dios hará de nosotros, si entregamos nuestros corazones a la guía de Su Espíritu Santo, una profecía del bien futuro, una pregustación de lo que será pleno en el cielo. Y por eso es que un niño es una promesa de inmortalidad, porque lleva sobre sí una figura de aquellas excelencias altas y eternas en las que consiste el gozo celestial, y que no serían así prefiguradas por el Creador bondadoso si un día no se hubieran de realizar. De acuerdo a esto, nuestra Iglesia, para la lectura de esta Fiesta, elige la descripción que hace San Juan de los santos en la gloria (Apo. 4 ; 5 ;14, 1-5).

Como un día nosotros reinaremos con ellos, aprendamos en este mundo de la mente de lo niños, como el mismo Apóstol lo describe: “Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad”. “Queridos, amémonos unos a otros, ya que

el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. (1 Jn 3,18; 4, 7-8)

*Introducción y traducción de P. Fernando M. Cavaller*

\* Newman, todavía deudor de la teología protestante sobre la justificación, no expresa aun claramente el efecto de la regeneración bautismal, que realmente quita de raíz el mal santificando verdaderamente al pecador, aunque sí quede la tendencia al pecado por la concupiscencia.

\*\* ídem.